

rechazar sus decisiones? Se dice que se trata solamente de examinarlas: *el medio del exámen, en materias, religiosas, está proscrito en el seno de la Iglesia católica*: las comuniones protestantes son las únicas que admiten el exámen, y de ahí ha provenido la asombrosa variación que reina en sus creencias. Bien se que nuestra obediencia debe ser razonable; pero no es lo mismo no obedecer sino con motivos suficientes, que tener derecho de examinar y hasta de repeler arbitrariamente lo que desagrada.

Tan solo á su Iglesia ha prometido Dios la infalibilidad. Las sociedades humanas pueden ser engañadas. Tenemos la prueba en los mas sabios legisladores... ¿Se dirá que el *parlamento francés* obraba así? Ya lo sé: pero, segun la declaración de 24 de Mayo de 1776, únicamente examinaba lo que podía, en la publicación de los cánones y de las bulas, alterar ó interesar á la tranquilidad pública; mas no su conformidad con leyes que *al dia siguiente podian variar*... Mr. d' Aguesseau decia al parlamento de Paris en 5 de Abril de 1757: «Parece que se trata de privar á la Iglesia del poder que tiene para expedir decretos, haciéndola depender de la potestad civil y de su concurso, en tales términos que sin este concurso los mas santos derechos de la Iglesia no puedan obligar á los súbditos del rey.»

Casi todos los Artículos orgánicos eran atacados sucesivamente en esta nota; siendo en ella digno de repararse, dice Mr. Artaud, que los textos que se producian, estaban tomados de autoridades francesas, como si se hubiese redactado en Paris... «La forma, el tono, los argumentos, el método exacto, la dialéctica mas vigorosa que brillante, parecen anunciar el trabajo de un nacional que reconviene á su propio gobierno.» No sabemos hasta que punto pueda ser fundada esta conjetura del noble diplomático. Sabemos, sí, que Pio VII habia formado empeño en que el Legado *á latere* hablase con valentia á la corte de Paris contra los Artículos orgánicos; y pudo opinarse, por otro lado, en Roma, que los argumentos mas fuertes en el caso y los mas oportunos atendida la posición de Caprara, serian los tomados de autoridades cuales son las que en la nota se alegan, autoridades deducidas de actos legislativos y de escritores que creemos fuesen bastante conocidos en la capital del orbe católico, sin necesidad de que para hacer

de ellas el conveniente acopio, hubiese que recurrir á la cooperación de los franceses.

Así las cosas, Napoleon se hizo nombrar emperador, cuya declaración verificaba el Senado de Paris en 18 de Mayo de 1804. Ocho dias antes habia sido enterado de este negocio el Legado Caprara, con el encargo de que invitase á Su Santidad á que fuese á consagrar y coronar al guerrero levantado á tan sublime altura. Fesch habia sido enviado á Roma para realizar este proyecto y otros que con él se ligaban, y practicaba diligencias reservadas y confidenciales que le prometian el buen éxito, segun sus comunicaciones.

«Napoleon, dice el cardenal Pacca, queria apoderarse de los dominios de la Santa Sede y trasladar á Francia la residencia del Papa. Su designio era tener á éste bajo su dependencia, como en otro tiempo los Patriarcas de Constantinopla estuvieran sometidos á los emperadores griegos. Napoleon queria servirse del Papa como de un instrumento para mil innovaciones políticas y religiosas cuyos proyectos bullian en su cabeza.» Despues de notar como Bonaparte guardó la mayor reserva respecto de este plan mientras no creyó llegada la ocasion de desplegarle, y que esta se le presentó con los sucesos que próximamente van á ocuparnos, prosigue el ilustre cardenal: «Desde entonces no cesó de entablar nuevas pretensiones y de hacer al Pontífice nuevas exigencias, con el objeto de que se le opusiese una negativa; porque esta le habia de servir de pretesto para romper con Roma. Mas aun sin ello hubo de arrojar por fin la máscara, y dió á conocer sus intenciones sobre la persona del Papa, sobre Roma y los dominios temporales de la Iglesia, en términos tan claros que era ya imposible interpretarlas en buen sentido.....»

En 10 de Junio de 1804 Fesch dirigió al emperador su sobrino una comunicacion reservada, en que le daba á entender que los únicos embarazos que se oponian al viaje de Pio VII, eran las dificultades que presentaban los términos del juramento prescrito al emperador por el Senado-consulta y la exigencia de ciertas condiciones presentadas por el Papa.

Despues de varias negociaciones, en 15 de Setiembre y con fecha de Colonia, Napoleon escribió al Pontífice una carta en que

le suplicaba rendidamente se dignase pasar á Paris «para dar un carácter religioso en el mas inminente grado á la ceremonia de su consagracion y coronacion.» Concluia el emperador protestando al Papa su antiguo afecto, del cual deseaba ofrecerle nuevas pruebas. Esta carta fué entregada por el general Caffarelli, sugeto muy apreciado en Roma, por cuya causa no desagradó fuese sustituido este portador á una comision de dos obispos, dado que no la hubiese de presentar el cardenal Fesch.

Se comunicó esta misiva á los cardenales el 30 de Setiembre: y en 2 de Octubre recibió Fesch una nota en que se le prevenia que el Papa, para verificar su viaje exijia se le dirigiese otra carta en que se espresara claramente «que el principal objeto de él habian de ser los intereses de la Religion; no pudiendo sus resultados dejar de ser infinitamente útiles á la misma:» declaracion que no se veia en la misiva confiada á Caffarelli, en la cual sonaba como motivo único de las escitaciones hechas al Santo Padre su asistencia á la ceremonia de la consagracion y coronacion del emperador.

Fesch esforzóse cuanto le fué posible para obtener la resolucion favorable del papa sin ulteriores comunicaciones de Paris. Hizo cargo á la corte de Roma de que una carta dirigida á Caprara por el ministro Talleyrand, concluia así: «Este viaje no tendrá por objeto esclusivo la coronacion de S. M.; los grandes intereses de la Religion formarán la parte principal; agitados serán en los consejos mútuos de S. M. y del Sumo Pontífice. Los resultados de sus deliberaciones no podrán dejar de ser de infinita utilidad á los progresos de la Religion y al bien del Estado»; y sin mas seguridades, Pio VII declaró que, contando con la palabra empeñada, se decidia á dar la suya despues de consultar á los cardenales. Una gran mayoria del sacro colegio aprobó el viaje; se dió principio á los preparativos; y Su Santidad contestó al emperador «que lleno de confianza en las promesas recibidas y renovadas, iba á marchar á pesar de sus achaques y del rigor de la estacion.»

El papa estaba abatido en estas circunstancias: habíase renovado en él el disgusto que experimentára á la primera intimacion decidida que se le hizo respecto del viaje; disgusto mas de una vez complicado con los que siempre rodean á las dignades soberanas, con los que particularmente debian afectar á la Santa Sede

en momentos tan difíciles, en que, entre otros objetos desagradables, veia á la Francia afligida de males que con el Concordato no se habian podido remediar, y recibia varias reclamaciones de los antiguos obispos de aquel pais opuestos á esta convencion; reclamaciones relativas á los negocios eclesiásticos, pero que envolvian protestas favorables á la legítimidad de Luis XVIII. Ellas debian quedar sin respuesta, concentrando en el corazon del papa todo el dolor que le producian.

Sin embargo, el viaje estaba decidido, y era preciso realizarle.

Entre los personajes mas distinguidos que acompañaban á Su Santidad, se contaban seis cardenales, cuatro príncipes romanos y otros tantos prelados de primer orden. El general Menou, encargado de tomar las disposiciones necesarias para que en todas partes fuese recibido dignamente el gefe de la Iglesia, llenó su encargo á satisfaccion.

Por dó quiera observó el Sumo Pontífice, desde que habia entrado en el territorio francés, muchos obsequios que se tributaban en su persona á la Religion católica de que era el gefe, grande veneracion y el mas profundo respeto, lo cual hizo decir á Pio VII. «Atravesamos la Francia en medio de un pueblo prosternado.»

Asi llegó el Papa el 25 del mismo mes de Noviembre á Fontainebleau, adonde desde la capital se habia dirigido el emperador tres dias antes para recibirle. Luego que este supo que el Santo Padre se acercaba, salió á encontrarse con Su Santidad. Llegaron seis carrozas del emperador, el cual entró el primero en una de ellas para hacer sentar al papa á su derecha.

Asi se trasladaron al palacio de Fontainebleau entre la tropa que estaba tendida por el camino, y el estruendo de la artillería que no cesaba de hacer salvas. El cardenal Caprara y los gefes del palacio del emperador, los recibieron á la entrada del edificio. El Sumo Pontífice y Napoleon subieron juntos hasta la pieza que separaba sus habitaciones, en donde, dejando al emperador, pasó el Santo Padre, acompañado tambien por los gefes de palacio, á la habitacion que se le tenia preparada. Se visitaron mútuamente despues el Santo Padre y el emperador y Su Santidad visitó tambien á la emperatriz.

El emperador quiso que el Pontífice descansase en aquel punto

hasta el día 28, en que ambos salieron para Paris. Aunque afectado por las incomodidades del camino, el papa arregló desde luego su tiempo de un modo uniforme y constante: antes de la aurora estaba ya levantado, y permanecía en oracion y meditacion hasta las diez de la mañana; á cuyo tiempo entraban en su aposento los empleados de su familia, y trataba los negocios que ofrecian las circunstancias.

El domingo 1.º de adviento, 2 de Diciembre, era el día señalado para la consagracion y coronacion. Los obispos constitucionales hacian los mayores esfuerzos para tomar parte en estas ceremonias sin suscribir á las condiciones que el papa habia exigido respecto de ellos. En 30 de Noviembre el emperador remitió al papa una declaracion de Lecoz, uno de los cuatro obispos contra los cuales se pronunciaba el de Orleans, declaracion en cuya vista decia Pio VII á Bonaparte con fecha de 1.º de Diciembre:

»Este obispo, á las palabras contenidas en la fórmula redactada por el Sr. cardenal Fesch y Mr. de Portalis *y sumision á sus juicios sobre los negocios eclesiásticos de Francia*, sustituyó las siguientes: *sobre los negocios canónicos de Francia* Alcanzamos lo bastante cuanta malicia hay en esta alteracion; y no podemos admitirla. Hemos creido deber prevenirselo á V. M. inmediatamente, puesto que se nos estrecha, y que nada se ha conseguido todavía de un pequeño número de refractarios obstinados. Conocemos suficientemente la piedad y superior sabiduría de V. M., para estar seguro de que se dignará adoptar las medidas necesarias á fin de evitarnos un compromiso, y para que nada pueda turbar ó afeár la augusta y sagrada funcion de mañana...»

Napoleon accedió á estas indicaciones del Pontífice; aunque sentia no haber sacado mejor partido en favor de los constitucionales. Con efecto tuvo lugar el 2 de Diciembre la doble ceremonia anunciada.

Al saber que estas ceremonias se habian verificado ya, y como con tal noticia coincidiesen rumores de próximos trastornos en varios puntos de Europa, los romanos reclamaban empeñadamente, con muestras del mas profundo respeto á la vez que de un cariño verdaderamente filial, el regreso á su ciudad del virtuoso Pontífice. Por su parte Pio VII deseaba en gran manera volver

prontamente al lado de tan fieles súbditos; y sintió en especial no encontrarse en Roma cuando supo que el Tiber habia salido de madre en fines de Enero de 1805, causando considerables estragos. El papa hubiera querido poder acudir personalmente al socorro de aquel pueblo afligido; pero se consoló cuando supo que el cardenal Consalvi habia desplegado el mayor celo y eficacia en semejante ocasion.

El papa, durante su estancia en Paris, manifestó mas de una vez su resolucion, su anhelo de restituirse á Roma. Pero el tiempo pasaba, y siempre se oponian dificultades á la realizacion de este deseo, hasta que al fin se llegaron á traslucir las malévolas intenciones del Emperador.

Oigamos sobre este punto á Mr. Artaud. El Papa jamás quiso manifestar, dice el historiador citado, quien fué el alto funcionario que le habló un día de instalarse en Aviñon, de aceptar un palacio papal en el arzobispado de Paris, y de permitir el establecimiento de un barrio ó cuartel privilegiado, como en Constantinopla, donde tuviese derecho esclusivo de residir el cuerpo diplomático acreditado cerca de la autoridad pontificia; las primeras palabras, insinuadas mas bien que articuladas de un modo directo, repetidas despues á allegados y confidentes, á franceses amigos de la Santa Sede, hicieron suponer que se queria detener al Pontífice en Francia. No era Napoleon quien pronunciaba tan funestas expresiones; pero tenia en Paris tal poder sobre el pensamiento y sobre la palabra, que no era posible que se hubiesen aventurado sin su anuencia. El cuerpo diplomático se ocupaba de ellas en Roma...; y se repetian con tal seguridad, que el papa creyó deber dar una contestacion delante del mismo funcionario. «Se ha divulgado, dijo, que seria posible detenernos en Francia; pues bien: que se nos quite la libertad: todo está previsto. Antes de salir de Roma hemos firmado una abdicacion en forma, que valdria para el caso de que se nos prendiese: el acta de esta abdicacion está en punto á donde no alcanza el poder de los franceses: el cardenal Pignatelli, residente en Palermo, es depositario de la misma; y cuando se trate de realizar los proyectos que se meditan, solo quedará en vuestro poder un pobre monge llamado Bernabé Chiamonti.»

Esta enérgica respuesta inutilizó por entonces los planes de Napoleón. En el mismo día se dieron las órdenes convenientes para el regreso de Su Santidad; habiéndose dispuesto este viaje y realizándose con mayor orden y pausa que el de Noviembre, en cuya sazón dice el cardenal Pacca que Pío VII hubo de caminar «mas bien como un correo, que como un príncipe y soberano Pontífice.» Salió, pues, Su Santidad de París el 4 de Abril de 1805.

El 16 de Mayo entró S. S. en la capital del mundo cristiano. Toda la población de aquella gran ciudad salió á ver á su soberano; y en las aclamaciones no interrumpidas hasta la Basílica de San Pedro, manifestaban aquellas gentes el anhelo con que habian deseado que volviese á Roma. Las salvas del castillo de Sant Angelo, el sonido de las campanas, la música militar, las colgaduras de la carrera, las flores esparcidas por las calles, todo formaba un conjunto de majestad, de júbilo y de ternura por el padre común de los fieles. En la puerta de la Basílica de San Pedro esperaba á Su Santidad el sacro colegio, á cuyo frente estaba el cardenal de Yorck, su decano. El altar de San Pedro fué el término de este viaje memorable; y ante él postrado su sucesor en el pontificado, dió gracias al Señor. Cantóse despues el *Te Deum*; Su Santidad dió la bendición al pueblo con el augusto Sacramento; y despues con una lucida comitiva, se retiró al palacio de su residencia á descansar de tan largo y penoso viaje.

El pontificado que nos ocupa; se inauguró en España con concesiones de la Santa Sede, hechas á nombre del monarca respectivo, dirigidas á autorizar la aplicacion de las rentas eclesiásticas de estos reinos á objetos profanos; concesiones de la Santa Sede, decimos, porque en aquellos días no era posible pensar, máxime conociendo el religioso carácter de Carlos IV en que la autoridad temporal procediese sin su beneplácito á hacer semejante uso de aquella sagrada propiedad: por mas que algunos de los que entonces tenían en nuestra corte un influjo decisivo, profesasen opiniones muy laxas sobre la materia, que han espresado sin reposo en tiempos posteriores. Demos una ligera idea de estas gracias pontificias.

Por el primer Breve que Pío VII dirigió á su Nuncio en esta nacion, monseñor Casoni, fechado el 3 de Octubre de 1800, se so-

metió á dicho señor Illmo. la facultad de conceder al rey la exaccion de un Noveno extraordinario de todos los diezmos sin excepcion, por el tiempo de los diez años inmediatos, como necesario para la estincion de Vales; dando á dicho Nuncio la inspeccion en el negocio, y previniéndole que los colectores de este Noveno fuesen eclesiásticos, los cuales, despues de recaudarle, le entregasen á los comisarios ó ministros de S. M. En este Breve notase que el Santo Padre vaciló por bastante tiempo antes de decidirse á acceder á tal peticion. «Despues de haber estado por mucho tiempo sumamente dudoso, venció al fin la voluntad de socorrer al rey Carlos IV,» son sus palabras literales. Ellas podrán significar que para el Pontífice eran sospechosas algunas personas del gobierno de España que habian influido en esta solicitud. Tambien es de advertir que la llegada de este Breve á Madrid coincidió con la de la carta dirigida por el papa á Carlos IV con motivo del decreto de 5 de Setiembre anterior; á lo cual atendiendo, dice en sus Memorias el príncipe *de la Paz*, que seguramente fué en Su Santidad un golpe de muy fina política hacer tales advertencias al rey en la ocasion misma en que por otro lado le prestaba un servicio de importancia concediéndole el Noveno.

Por otro Breve de 10 de Febrero de 1801 el papa concedió á Carlos IV la facultad de percibir los frutos y las rentas correspondientes á un año de todos los beneficios eclesiásticos de España é islas adyacentes, exceptuando solamente los que tuviesen anexa cura de almas, para la restauracion del Real erario, y estincion de la deuda causada por los Vales. En ambas gracias se hacian las salvedades del caso para no privar en su virtud de la congrua correspondiente á los eclesiásticos del reino. La annata concedida en 10 de Febrero (hasta la época de que se trata solo se habia pagado media) se amplió á tres por el mismo Pío VII.

Otra concesion semejante posterior en algunos años, es oportuno que quede consignada aqui; á saber, la contenida en el notabilísimo Breve de 14 de Junio de 1805, en el cual se daba á Carlos IV facultad para enagenar una suma cuantiosa de bienes del clero, con la precisa condicion de reconocer á los poseedores eclesiásticos una renta igual á la líquida que les rindiesen las mismas propiedades, imponiéndola sobre la caja de Consolidacion, con especial hipoteca de todos sus arbitrios.